

## Conciencia cívica de los universitarios de hoy\*\*

Fernando Picó

La palabra conciencia no significa lo mismo en español que en inglés. En inglés el sentido prevaleciente de tener conciencia es el de estar apercibido de algún asunto de vital interés moral; “a knowledge or feeling of right and wrong, with a compulsion to do right”. En español, sin embargo, la palabra tiene un giro distinto: su sentido primario es, según la Real Academia Española (REA): “propiedad del espíritu humano de reconocerse en sus atributos esenciales y en todas las modificaciones que en sí mismo experimenta”. Sólo en el sentido secundario se aproxima al “conscience” de los anglosajones: “conocimiento interior del bien que debemos hacer y del mal que debemos evitar”. Hay también un tercer sentido: “conocimiento exacto y reflexivo de las cosas”.

La razón, por la que confronto los sentidos de la palabra en inglés y en español, es que en el habla popular puertorriqueño, la gente se adhiere al sentido primario de la palabra en castellano, mientras que los académicos, los líderes cívicos y religioso y, en general, las personas más atentas a las grandes discusiones éticas del mundo exterior, tienden a plegarse al sentido secundario con su gran afinidad al uso de la palabra “conscience” en inglés. Ese uso divergente de la palabra tiene sus consecuencias, y una de ellas es que continuamente les estamos dando en la cabeza a los jóvenes para que desarrollen conciencia de las cosas. “¡Es que no tienen conciencia!”, es el grito exasperado con el que de tiempo en tiempo el abanderado de una causa prorrumpe en los medios contra los jóvenes.

---

\*\* Conferencia dada en el simposio: “Universidad civil: el estudiante de hoy y su conciencia civil”, Universidad Interamericana, Recinto de Arecibo, 6 de abril de 2005.

Puedo afirmar, con toda claridad y sin ambages, que los jóvenes universitarios de hoy día tienen clara conciencia del mundo en que viven y del estado actual de las cosas. Mis reflexiones están fundadas en mi observación de dos grupos de jóvenes, al parecer distintos, pero unidos por muchas más cosas que una edad común, los estudiantes universitarios de la Universidad de Puerto Rico en Río Piedras, y los estudiantes universitarios que se encuentran confinados en las cárceles puertorriqueñas. Los juicios valorativos de estos jóvenes muchas veces no coinciden con los de las generaciones precedentes, pero las generaciones precedentes no tienen ningún monopolio, ni han recibido ninguna comisión especial desde lo alto, para ser definidores de lo que debe ser la conciencia de los jóvenes hoy día. Es más, es precisamente esa pretensión de los viejos de sellar definitivamente el alcance ético de sus percepciones del mundo lo que crea las distancias, los disloques y las rupturas, que a veces hacen las discusiones de los grandes asuntos de nuestro pueblo, diálogos de sordos.

Las sensibilidades son distintas porque los universos mentales respectivos se han desarrollado en circunstancias muy diferentes. No es mi propósito entrar ahora a exponer las razones por los juicios torcidos de los viejos, con sus fiscalizaciones anacrónicas, sus consignas gastadas, su pretensión a regir la vida de los demás y su afán por mostrarse políticamente correctos en cada coyuntura. El siglo XXI no les pertenece; hablemos del futuro, no de las viejas contiendas y las campañas del pasado.

Tres son los asuntos que para mí son capitales en la conciencia de los jóvenes hoy día. El primero concierne su relación con la naturaleza circundante. Esta generación que florece en el presente, desde muy temprano en sus vidas, adquirió conciencia del medioambiente y aprendió a amarlo y a defenderlo. Nuestras costas, nuestros ríos y bosques, nuestras montañas, nuestra fauna y flora, el aire que respiramos, el agua que bebemos, los alimentos naturales que consumimos

son objetos constantes de discusión y de movilización. A los jóvenes les indigna el atropello a la naturaleza. Son ellos los que educan a los viejos sobre el valor de los árboles, la necesidad de proteger el manatí y el tinglar, de preservar el manglar como criadero de múltiples especies, y detener la destrucción de los mogotes, donde subsisten tantas de nuestras especies botánicas amenazadas. Las causas ecológicas despiertan interés y solidaridad en esta generación universitaria en un grado que hubiera sido inconcebible hace treinta y cinco años. Ha sido precisamente su tarea de presentar estas causas como asuntos cívicos de primerísimo interés.

El segundo asunto que convoca la conciencia de esta generación de universitarios y moviliza sus energías es el discrimen, en cualquiera de sus múltiples disfraces: contra la mujer, contra los impedidos, contra los deambulantes, contra los “gay”, contra cualquiera que sufra vejación y marginación por causa de la identidad que se le imputa y con que se le penaliza. El machismo, que todavía florece entre tantos líderes políticos, cívicos y religiosos de este país, no encuentra acogida entre los jóvenes universitarios, que han aprendido a compartir tareas y a socializar en patrones muy distintos de los de sus mayores. Las jóvenes universitarias no toleran ningún intento de subordinarlas o ningunearlas. Penalizar a alguien por sus convicciones políticas o religiosas subleva las conciencias jóvenes. Resucitar algún vestigio de racismo o de homofobia es asunto de trasnochados. El sentido de compasión y de solidaridad que repetidamente los jóvenes expresan por los menos afortunados conmueve e interpela. Esta generación se ha rebelado contra los viejos patrones de discrimen y no hay manera alguna concebible de dar marcha atrás.

La tercera manera en que la conciencia joven universitaria se manifiesta vigorosa y alerta, hoy día, concierne la manera como tratan y representan la autonomía de sus cuerpos. El control del movimiento, del espacio propio, de la sexualidad, de la salud, la estética del propio cuerpo y el atuendo personal

configuran un enorme territorio exento de injerencias externas y reclamadas como esfera propia de la personalidad. Lo que en los años sesenta constituían las grandes batallas por el pelo largo y las minifaldas suenan hoy día como páginas ridículas y absurdas de la historia de la vida privada puertorriqueña. Al reclamar la vigencia de sus propios criterios sobre todos los aspectos de su propia corporeidad, los jóvenes universitarios hay nos dan a entender que las identidades se asumen con conciencia propia y no se derivan de decálogos heredados. La bioética comienza conmigo. El cuerpo propio no es terreno propicio del juicio ajeno. Si me hago tatuajes, si me pongo aretes en todas las superficies imaginables de la piel, si me pinto el pelo de tres colores o me lo afeito todo, o, si al contrario, hago ninguna de estas cosas, es porque mi cuerpo es mío, autónomo, manifestación propia de mi personalidad, representación cambiante de mis aspiraciones, eco de mis afinidades, lugar de celebración de ese yo que no puede ser reducido a categorías aristotélicas, ni subsumido en nacionalidades promulgadas o prefijadas.

Estas son las tres maneras principales en que yo discierno que los jóvenes universitarios hoy despliegan sus conciencias. Las tres tienen en común la influencia de lo icónico en las determinaciones propias. Viven de imágenes, se representan y se mueven en un mundo altamente visual, y perciben el mundo circundante a través de múltiples imágenes superpuestas. Si este modo de manifestar conciencia los distancia y los distingue de las generaciones previas, esto no quiere decir que están enajenados o reducidos a la absurdidad de unas modas, sino que su percepción es distinta y se mueven en planos alternos a los de sus predecesores. Creo que esto es lo que realmente vale la pena discutir sobre la conciencia del joven moderno.